

CAPÍTULO 1

Cuando el sonido de los apresurados pasos le llegó desde el otro lado de la puerta, sobre la cabeza de Daisuke colgaban un par de grandes *geta*.¹ Al alejarse los pasos, las *geta* se escabulleron lentamente y terminaron por desaparecer. Daisuke se despertó.

Se giró hacia la cabecera del futón y vio una flor de camelia en el suelo. Estaba seguro de haber escuchado como caía durante la noche; el golpe resonó en sus oídos con un ruido seco, como si una pelota de goma rebotara en el techo. Aunque en ese momento pensó que se debía al silencio de la noche, por si acaso había querido asegurarse de que no le pasaba nada y se había puesto la mano derecha sobre el corazón. Había sentido su pulso con toda claridad golpeando contra el borde de las costillas, y entonces se había vuelto a dormir.

1. Sandalias tradicionales de madera. (*Todas las notas son de los traductores.*)

Observó la flor durante un rato con mirada ausente. Era casi tan grande como la cabeza de un bebé. Después, como si lo hubiera estado planeando, se puso de nuevo la mano en el corazón y comenzó a estudiar su latido. Últimamente, tenía el hábito de escuchar las pulsaciones de su corazón mientras estaba tumbado en la cama. Como de costumbre, el latido era pausado y firme. Con la mano todavía en el pecho, trató de imaginarse la cálida y roja sangre fluyendo tranquilamente al ritmo de su corazón. Eso era la vida, pensó. En ese preciso instante tenía a su alcance el flujo mismo de la corriente vital. Al tacto parecía como el tictac de un reloj. Pero también era algo más: una especie de alarma que le emplazaba a una cita ineludible con la muerte. Si fuera posible vivir sin escuchar esa campanita, si tan solo su corazón no descontara tiempo con cada latido, entonces, qué despreocupado y tranquilo viviría, cuán profundamente saborearía la vida. Pero... en ese momento Daisuke se estremeció involuntariamente; era un hombre tan apegado a la vida que apenas soportaba imaginar como su corazón latía rítmicamente a la caza de la sangre. En ocasiones, mientras estaba tumbado, se colocaba la mano justo debajo del pecho izquierdo y se preguntaba qué sucedería si alguien le diera un buen golpe justo ahí con un martillo. Aunque en general gozaba de buena salud, a veces tomaba conciencia del hecho indiscutible de que estar vivo era un milagro, y que ello se debía casi exclusivamente a su buena fortuna.

Levantó la mano del pecho y cogió el periódico que había tirado junto a la almohada. Lo hizo con las manos metidas debajo del edredón y después lo desplegó. A la izquierda de la página había una fotografía de un hombre que parecía estar apuñalando a una mujer. Rápidamente apartó la vista y pasó

a otra página donde, con grandes caracteres, se informaba sobre cierta disputa que se había producido en el seno de la universidad. Daisuke leyó el artículo de cabo a rabo. Pronto el periódico se le cayó de sus lánguidas manos para aterrizar sobre la cama. Sacó un cigarrillo, se deslizó unos quince centímetros fuera de la cama y cogió la flor de camelia caída sobre el tatami.² Le dio la vuelta y se la acercó a la nariz. Boca, bigote y nariz quedaron ocultos tras la flor. El denso humo del cigarrillo se enredaba entre los pétalos y los estambres. Puso la flor sobre la sábana blanca y se levantó para ir al baño.

Se lavó despacio los dientes. Como era su costumbre, se deleitaba en la regularidad del gesto y se alegraba al comprobar lo sana y en buen estado que tenía la dentadura. Se desvistió y se restregó bien el pecho y la espalda. Su piel tenía un lustre fino y profundo. Siempre que movía los hombros o alzaba los brazos, rezumaba una fina capa de aceite, como si le hubieran dado un masaje con bálsamo y después lo hubieran secado con sumo cuidado. Eso también le producía una gran satisfacción. Después, separaba su negra cabellera, perfectamente manejable sin necesidad de afeites, en dos mitades. Al igual que el pelo, tenía un buen bigote que le daba un aire de frescura y juventud, y definía con elegancia el área situada debajo de la boca. Se golpeó dos o tres veces las mejillas con ambas manos y se miró en el espejo. Sus gestos eran los mismos que los de una mujer maquillándose; estaba tan orgulloso de su cuerpo que, en caso de necesidad, no habría dudado en maquillarse él mismo. No había nada que le dis-

2. Estera gruesa de paja de juncos tejidos. Se utiliza para cubrir el suelo y suele tener una medida estándar de 1,80 x 90 cm. El tamaño de las habitaciones se suele considerar en función del número de tatamis.

gustara más que esas marchitas y apergaminadas caras de los hombres santos budistas, así que cada vez que se miraba en el espejo, se sentía profundamente agradecido de, al menos, no tener un rostro como el de ellos. No solía molestarse cuando la gente se refería a él como un *dandy*. Hasta ese extremo había logrado alejarse de las maneras del viejo Japón.

Aproximadamente treinta minutos después se sentó a la mesa. Mientras untaba mantequilla en sus tostadas y se servía el té, Kadono, el *shoshei*,³ le trajo los periódicos del día y los extendió cuidadosamente junto al cojín.

—¡Vaya una historia el asunto ese! ¿No le parece, *sensei*?⁴

Siempre que se dirigía a él, lo hacía con el respetuoso y formal apelativo de *sensei*. Al principio, Daisuke protestaba con una sonrisa irónica, pero Kadono respondía siempre: «¡Oh, sí, sí. Pero, *sensei*...», así que al final no le quedó más remedio que aceptar las cosas tal como venían. Se había convertido en una costumbre, y Daisuke dejó de sentir escrúpulos de pasar como *sensei*, incluso ante alguien como Kadono. En realidad, en el momento en que decidió acoger a un *shoshei* en su casa, se dio cuenta de que el muchacho en cuestión no sería capaz de encontrar una fórmula muy diferente para dirigirse a él.

—Supongo que te refieres a ese lío de la universidad...
—dijo Daisuke mientras masticaba su tostada con toda parsimonia.

3. *Shoshei*. Pupilo. Estudiantes que se alojaban generalmente en casa de una familia y a cambio de comida y alojamiento realizaban algunas tareas domésticas.

4. *Sensei*. Maestro. En este caso, aunque Daisuke no es profesor, lo utiliza por cortesía.

—¿No le parece a usted de lo más interesante, *sensei*?

—¿Te refieres al intento de librarse del rector?

—Sí, eso es. No le va a quedar más remedio que dimitir. Kadono parecía exultante.

—¿Y qué ganas tú en caso de que dimita?

—¡Vamos, venga ya, *sensei*! No debería usted bromear con eso. Una persona no se interesa por las cosas solo por el hecho de que vaya a ganar o a perder algo con ellas.

Daisuke siguió comiendo.

—¿Quieren que se marche únicamente porque le odian o es que hay algún beneficio en que se vaya? —preguntó mientras se servía de la tetera.

—No sé. A mí no me pregunte... ¿Y usted, *sensei*, lo sabe?

—No, yo tampoco. Pero no tiene sentido que la gente de hoy en día se tome tantas molestias si no va a sacar nada en claro con el asunto. ¡La gente no hace más que poner excusas!

—¿En serio...? —La cara de Kadono se tiñó de preocupación.

Con su abrupto comentario Daisuke puso fin a la charla. Kadono no pudo aclarar nada más al respecto. A partir de un cierto punto, y sin importar de qué se estuviera hablando, Kadono soltaba irremediablemente esa coletilla de «¿En serio...?». Era imposible saber si había entendido o no de lo que se estaba hablando. Fue esa inseguridad del joven, unida a la poca necesidad que tenía de estimularle intelectualmente, lo que atrajo a Daisuke y le llevó a aceptarle como *shoshei*. No iba a la escuela ni estudiaba y se pasaba todo el día haraganeando. ¿Por qué no se dedicaba a estudiar un idioma, por ejemplo?, le preguntaba Daisuke. Kadono, invariablemente, se limitaba a decir «¿De verdad?» o «¿En serio?». Nunca respondía que al menos lo intentaría. Era tan vago, que

era incapaz de dar una respuesta más concreta y definitiva. Daisuke, por su parte, tenía cosas más importantes de qué preocuparse; no había nacido para educarle, así que, a partir de un momento determinado, decidió olvidar el asunto. Por suerte, Kadono era fuerte y tenía un físico perfecto para hacer recados y para ayudar en las tareas de la casa. Lástima que su intelecto no estuviera a la altura. Daisuke apreciaba mucho ese aspecto. No solo a Daisuke le resultaba ventajoso tenerle cerca. También para la anciana cocinera las cosas eran mucho más fáciles desde la llegada del chico. Cocinera y *shoshei* se las arreglaban sumamente bien juntos, y hablaban mucho en ausencia del maestro.

—Me pregunto qué demonios pensará hacer *sensei*, señora.

—Cuando has llegado tan lejos como él, puedes hacer cualquier cosa. No hay de qué preocuparse.

—No me preocupo. Solo me parece que debería hacer algo.

—Probablemente piensa en buscar esposa y tomarse un tiempo hasta lograr una posición.

—No es mala idea. Me encantaría pasarme los días leyendo libros y yendo a conciertos, como él.

—¿Tú?

—Bueno, me da igual la lectura, pero me gustaría divertirme como él.

—Ya sabes que todas esas cosas se decidieron en tu vida anterior, así que no puedes hacer nada al respecto.

—En efecto.

Así se desarrollaban sus largas charlas.

Dos semanas antes de que Kadono entrara al servicio de Daisuke como *shoshei*, tuvo lugar la siguiente conversación entre el maestro y el joven holgazán:

—¿Acudes en la actualidad a algún tipo de escuela?

- Fui durante un tiempo, pero ahora ya no.
- ¿A cuál, si se puede saber?
- Bueno, en realidad fui a toda clase de sitios. Pero tan pronto como llegaba, me cansaba.
- Quieres decir que te hartabas fácilmente...
- Supongo que sí.
- Así que no tienes planes en lo que se refiere a tus estudios...
- No, en realidad no. Además, las cosas no andan muy bien por casa últimamente.
- La cocinera me ha dicho que conoce a tu madre.
- Sí, vivía cerca de aquí.
- Entonces, ¿tu madre no ha...?
- Eso es. Por el momento no consigue trabajar en nada. Como mucho pequeños trabajillos para hacer en casa. Pero la economía anda mal desde hace tiempo y no parece que la situación vaya a mejorar.
- ¿No parece que vaya a mejorar? ¿Pero es que acaso no vivís en la misma casa?
- Sí. Vivimos juntos, pero me da pereza preguntarle qué hace. Al parecer es demasiado complicado, siempre se está quejando.
- ¿Y qué me dices de tu hermano mayor?
- Trabaja en la oficina de Correos.
- ¿No hay nadie más en la familia?
- También tengo un hermano pequeño. Trabaja en un banco, como quien dice... Está un escalón por encima del chico de los recados.
- Entonces, tú eres el único que se pasa el día holgazaneando, ¿no?
- Sí, supongo que es así.

- ¿Y qué haces cuando estás en casa?
- Bueno, la mayor parte del tiempo me lo paso durmiendo. Si es que no salgo por ahí a dar una vuelta.
- ¿No te da vergüenza no hacer nada mientras todos los demás se esfuerzan por ganarse un jornal?
- No, en realidad no.
- En tu familia debéis llevaros extremadamente bien.
- Por extraño que parezca, nunca nos peleamos.
- Me imagino que tu madre y tu hermano mayor querrán que te independices lo antes posible.
- Puede que tenga razón en lo que dice.
- Pareces una persona con un temperamento extremadamente despreocupado. ¿Realmente eres así?
- No veo por qué debería mentir.
- O sea, que eres de ese tipo de persona que se desentiende de todo.
- Sí, supongo que tiene razón en lo que dice.
- ¿Cuántos años tiene tu hermano mayor?
- Hum... andará por los veintiséis.
- Entonces, probablemente estará buscando esposa. ¿Pienzas quedarte así, incluso después de que contraiga matrimonio?
- Debo esperar y ver. Cuando llegue el momento, estoy seguro de que algo pasará.
- ¿No tienes más familiares?
- Tengo una tía. Regenta un almacén en Yokohama.
- ¿Tu tía?
- Bueno, supongo que no es ella quien realmente lleva el negocio, sino mi tío.
- ¿Y no les puedes pedir que te den trabajo? En un almacén seguro que siempre necesitarán gente.

—Soy demasiado perezoso. Si se lo pido, probablemente me dirán que no.

—No ayuda mucho que tengas esa opinión de ti mismo. El asunto es que tu madre le ha pedido a la cocinera que me preguntara si podía encontrarte algo en esta casa.

—Sí, algo de eso escuché.

—¿Y qué opinas al respecto?

—Estoy planeando dejar de ser tan vago...

—¿Quieres decir que te gustaría venir a trabajar aquí?

—Sí, eso estaría bien.

—Pero no lo voy a permitir si te dedicas todo el día a no hacer nada, y a deambular de un lado para otro.

—No tiene que preocuparse por eso. Al menos soy fuerte. Me dedicaré a llenar la bañera y a cosas de ese estilo.

—Tenemos agua corriente. No es necesario que vayas por ahí cargando con los cubos.

—Entonces, quizás pueda dedicarme a la limpieza.

Fueron esas las condiciones bajo las que finalmente entró Kadono como *shoshei* en casa de Daisuke.

Daisuke terminó su desayuno y se encendió un cigarrillo. Kadono, que había permanecido todo el tiempo con la espalda apoyada contra el armario y con los brazos sujetándose las piernas, decidió que ya había pasado suficiente tiempo para que pudiera lanzarse con otra pregunta:

—*Sensei*, ¿cómo está hoy su corazón?

Conocía el hábito de Daisuke de tomarse el pulso y en su tono había un matiz jocoso.

—Hasta el momento, todo bien.

—Si lo dice así, da la sensación de que mañana podría estar en peligro. Por la forma en que se preocupa de su cuerpo, *sensei*, un día acabará por ponerse realmente enfermo.

—Ya estoy enfermo.

Kadono se limitó a poner cara de sorpresa y se fijó en la complexión robusta de Daisuke, así como en la abundante carne que tenía alrededor de los hombros, visible incluso a través de la ropa. Después de esas conversaciones Daisuke, invariablemente, tendía a sentir lástima por el joven. Lo escuchaba y lo único que podía concluir respecto a él era que su cráneo debía de tener dentro los sesos de una vaca; de hecho, solo podía seguir a medias el discurrir normal de una conversación. En el momento en que se desviaba un poco del tema principal, el pobre se perdía irremediablemente y, por supuesto, nunca era capaz de poner un solo pie en el primer peldaño de esa escalera en la que los fundamentos de la lógica reposan verticalmente. En cuanto a su sensibilidad, el caso era aún peor. Daba la impresión de que su sistema nervioso era tan consistente como un haz de paja para forraje del ganado. Al analizar la existencia de Kadono, Daisuke se preguntaba con qué fin se empeñaba en seguir respirando y manteniéndose vivo. Kadono, por su parte, se pasaba las horas muertas sin dar muestras de la más mínima cuita. No solo mostraba una total despreocupación ante las cosas mundanas. Tácitamente entendía que su indolencia le emparentaba de alguna forma con Daisuke, y por eso en su comportamiento había incluso un atisbo de orgullo. Es más, pensaba que con su obstinado y fornido cuerpo lograría tocar la fibra sensible de la excitable naturaleza de su maestro.

Daisuke, por su parte, se enfrentaba a sus propios nervios como el precio a pagar por su excepcional habilidad especulativa y su extremada sensibilidad. Su angustia era el reflejo de los logros de una educación superior; la imposición de un castigo no escrito con el que debían lidiar aquellos de naturaleza aristocrática, los escogidos del cielo. Aunque precisamente por

haberse sometido a todos esos sacrificios había sido capaz de convertirse en quien era. En ocasiones, reconocía el sentido de la vida en esos sacrificios. Algo que Kadono no alcanzaba siquiera a comprender.

—Kadono, ¿había correo?

—¿Correo? ¡Ah, sí! Una tarjeta postal y una carta. Las dejé encima de su mesa. ¿Quiere que se las traiga?

—Supongo que tendré que ir yo mismo a por ellas.

Al ofrecerle una respuesta tan ambigua, Kadono se vio obligado a levantarse y traérselas. En la tarjeta postal había un mensaje sumamente simple garabateado con tinta brillante: «He llegado hoy a las dos a Tokio. Arreglado el asunto del alojamiento. Me gustaría verte mañana por la mañana». A un lado, escrito con la misma prisa y descuido, estaba el nombre del hostel en el barrio de Ura-Jimbocho y el del remitente, Hiraoka Tsunejirō.

—Así que ya ha llegado. Tendría que haber venido ayer directamente —murmuró Daisuke para sí mientras cogía el otro sobre. Identificó la letra de su padre. En primer lugar, este le anunciaba que había regresado hacía dos o tres días, y que no tenía prisa pero sí muchas cosas de las que hablar con él. Le pedía que fuera a verle tan pronto como recibiera la carta, y después se perdía en detalles tan insulsos como lo temprano que era para que los cerezos florecieran en Kioto, lo lleno que iba el tren expreso y lo incómodo que era, etcétera, etcétera. Dobló ambas cartas y las comparó con una expresión peculiar en la cara. Después llamó a Kadono.

—Kadono, ¿podrías llamar por teléfono? A mi casa.

—Sí. A su casa. ¿Qué debo decir?

—Di que tengo un compromiso para hoy. Debo ver a alguien, así que no podré ir. Lo haré mañana o pasado mañana.

—De acuerdo. ¿Y a quién se lo digo?

—Mi padre ha vuelto de viaje y dice que quiere hablar conmigo. No tienes por qué hablar con él directamente. Díselo a quien responda al teléfono.

—Así lo haré.

Kadono salió a toda prisa. Daisuke dejó la habitación y pasó por el cuarto de estar para entrar después en su estudio. Se dio cuenta de que lo habían limpiado con esmero. La flor de camelia ya no estaba allí. Se dirigió a la estantería situada a la derecha del jarrón y cogió un pesado álbum de fotos de la parte más alta. Aún de pie, abrió el broche dorado y empezó a pasar las páginas hasta llegar más o menos a la mitad donde, de pronto, su mano se detuvo en el retrato de una mujer de unos veinte años. Daisuke miró su cara con atención.